

Si pudiese hablar de ti - 2

Por Aurelio Romero Serrano

COMENZAR

Colocó el papel bajo la luz que la ventana empujaba hasta la mesa camilla. En ese lado de la residencia, el sol juega al escondite con las ventanas mientras ilumina el edificio de ladrillo rojo y salta por encima de los rosales que lo rodean. Se levantó un segundo para cerrar la puerta de su habitación. En el pasillo sonaban las ruedas del carrito y los cacharros de las chicas de la limpieza que iban haciendo las habitaciones. Se cerró la bata sobre el pecho para ajustar mejor el cuerpo a la mesa y comenzó a escribir esa carta que le habían pedido sobre los primeros años de vida en común de sus padres y cómo se llegaron a encontrar.

Sabía que, al final, solo era un ejercicio de redacción, uno más de los muchos que en su vida de maestra había pedido a los críos de su clase. Sabía también que no tenía ninguna trascendencia escribir unos folios sobre aquella lejana historia a la que ella aún no había llegado cuando comenzó y que se fue haciendo más compleja a medida que pasaron los años. Pero esa parte no se la habían pedido. Aún así, miraba al folio con la conciencia clara de no acercarse a ese ejercicio de redacción con la misma inocencia de los niños de la escuela y sabiendo que era imposible escribir sobre esa primera parte de la historia sin revivir los años siguientes, la otra historia, más extensa, más intensa, más dolorosa a veces, siempre voluntariamente adormecida.

Ese ejercicio de memoria, desde que le pidieron hacerlo, le había creado una inquietud inesperada, la contradicción de querer escribir, como había hecho hace meses para conjurar a los demonios de los últimos años, y un cierto temor a lo que cada palabra iba a provocarle antes de escribirla, cada vez que tuviese que recordar una imagen sobre ella misma entre aquel conjunto de personas, de historias sobrevenidas a las que siempre se había enfrentado como a las sombras de la casa deshabitada.

Cree que la vida está jalonada de finales de etapa, con los que vas cerrando capítulos que difícilmente se vuelven a reencontrar en el camino. La venta de la casa de la calle Real, donde vivieron sus padres, no había sido una decisión a humo de pajas, una desgana, el miedo a tener que responsabilizarse de un lugar al que ya le unían pocos recuerdos buenos. Vender la casa era echar la llave a esa etapa, con su madre muerta y su padre viviendo en su casa, al otro lado de la calle. O como cuando aprobó la oposición de maestra y, con solo 17 años, decidió irse al primer pueblo que pudiera llegar en tren, autobús o a lomos de un mulo.

Esas y otras llaves se habían abierto de pronto, como a borbotones, días antes de sentarse frente a la mesa y pasar la mano sobre el folio blanco intentando sacar a un primer plano todas esas sombras que se amontonaban en los ojos del pasado.

Pensaba en cómo empezar esa narración y decidió hacerlo poniendo un título, para centrar la idea y, sobre todo, para romper el cristal que la separaba de ese ayer como quien se echa al fondo del río sin saber a ciencia cierta qué va a encontrar y el temor a que los pies se quedasen trabados en el fango del pasado. "Vicisitudes de una familia en los años 30-40" escribió finalmente como arranque de un texto en el que, inevitablemente, tendría que hablar de ella misma, porque la historia de sus padres fue, en gran parte e intencionalmente, la de ella misma mucho más que para otros, aunque en momentos distintos. Quiso marcar una cierta distancia con lo personal y pensó que ese título podría valer como resumen de una crónica de una de las muchas historias que en aquellos años tuvieron lugar. Ninguna igual. Ninguna tan conocida como esa.

La idea de alejarse de sí misma le permitió avanzar hacia el pasado y descubrir, mientras lo escribía, que tendría que recordar lo que sabía sobre sus padres, lo que de ellos supo por ellos mismos y por los demás



a lo largo de su vida, porque ese hilo de memoria no se interrumpe nunca y a ella, al menos, la vida le había ido trayendo datos que no conocía o conclusiones a las que llegaba cuando la memoria de su vida más reciente le permitía saltar hasta aquel entonces, el de sus padres.

También cayó en la cuenta de que hablar de sus padres, incluso antes de que ella hubiera nacido, iba a ser también hablar de sus hermanos, para que la narración no muriera en cinco líneas y porque, al fin y al cabo, la vida de los padres está íntimamente ligada a las de sus hijos; los éxitos y los fracasos de los hijos forman parte de los fracasos y los éxitos de los padres, se decía. Había sido así en su caso y en el de sus pa-

dres la historia de los hijos cobraba mayor fuerza cuanto más lejana se hacía.

Guardaba una fotografía que su hermano Pedro repartió entre todos después de muchos años: la abuela Serafina, sentada, de negro, como un cliché fijo de toda la vida y, eso sí, el fetiche del que todos se colgaron hasta tres generaciones después. Recordaba aquella mañana como si fuera hoy mismo, cuando su madre le avisó de que la abuela había muerto, después de meses y meses en la cama que habían instalado en el antiguo comedor que nunca se llegó a usar, salvo para guardar las medicinas de su padre y esconder los dulces de Navidad en el cajón de la vieja nevera de hielo. Siempre había visto a la abuela Serafina como esa pata de la silla sin la cual la silla no sirve; era ella la que conseguía mantener un cierto equilibrio entre todos, silenciosa salvo para la risa, prudente ante los días tormentosos de su padre, responsable queriendo o no de todo lo que se gestó entre sus padres y años después, ya más asentados todos, en la casa de la calle Real que ella ayudó a comprar.

Dudaba sobre dónde iba a terminar esa carta que había comenzado a escribir y se sobrepuso al temor de contar algo inapropiado o con un lenguaje no adecuado. Siempre se había sentido con cierta libertad de pensamiento, incluso en los momentos de la defensa más enardecida de sus ideas, pero ahora entendía que era mejor bañar de prudencia las palabras. La época, las razones mismas de aquel encuentro entre sus padres, las circunstancias de los años posteriores o la descripción del carácter de sus padres era necesario abordarlos con una cierta precaución, aunque solo fuese como autodefensa de ella misma, para que las palabras no se convirtieran en agujas.

Para ella, hablar de su padre y de su madre era fácil si lo hacía por separado, si se limitaba a transcribir lo que ocurrió en la Ciudad Real o en la Córdoba de aquellos "años 30-40" como había escrito. Pero se le hacía mucho más cuesta arriba describir la vida de ambos juntos y el cruce de vidas que suponía la aparición de sus hermanos, aquellos años, su propia visión de lo que ocurría o lo que creía recordar, y la tentación

de convertir el criterio propio en un juicio sobre cosas y hechos que la niebla del tiempo va haciendo borrosos. Ella había sido la primera en llegar, pero no fue la mayor de los seis hermanos. Eso le creaba una sensación extraña porque si nunca renunció a ejercer esa primogenitura como una responsabilidad, sabía también que esa parte de la historia era un agujero negro que iba a ser difícil explicar a los demás y, sobre todo, por los sentimientos que despertaba en ella esa secuencia de cosas. Unas cosas más, de las muchas, en riesgo de convertirse en esos alfileres que se le clavaban en la mano cuando iba hilvanando las faldas para las chicas de la Residencia.

En el tercer folio dejó de escribir y volvió al anterior, donde ya había empezado a contar con detalle las secuelas de la guerra civil, el irrespirable clima de agresividad social y la forzada vuelta al pueblo de su padre. Fue en ese momento, después de revivir todo lo relacionado con su hermano Francisco y haber hablado de su padre en aquellos años, cuando decidió volver a reescribir esa parte de la historia, en la que ella aún no existía. Le chirriaba la forma de describir aquella situación, porque lo escrito más parecía una descripción desde las entrañas de la hija adulta que desde lo que había conocido realmente.

Hizo una raya atravesando esos dos folios y volvió al final de lo que llevaba escrito. No sería la primera vez ni la última en que la visión desde el presente le hacía así de doloroso el pasado. Y sabía que si no escapaba a ese juego de tiempo, de forma de ver y entender las cosas y a la manera de contarlas, no acabaría nunca la carta. Se decía que no era necesario volcar más emociones entre palabra y palabra, sino recuperar esa distancia que se había propuesto.

